

# **Redención**

Henry Allan IRONSIDE

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

<b>1 - El redentor</b> . . . . .	<b>3</b>
<b>2 - La redención del juicio</b> . . . . .	<b>4</b>
<b>3 - La redención de Israel de la tierra de Egipto</b> . . . . .	<b>5</b>
3.1 - La redención mediante la sangre del cordero pascual . . . . .	5
3.2 - La redención mediante la sangre de Cristo . . . . .	6
3.3 - La redención de la maldición de la ley . . . . .	7
<b>4 - Después de la redención, la santidad</b> . . . . .	<b>8</b>
<b>5 - La redención del cuerpo</b> . . . . .	<b>9</b>
<b>6 - La venida del Señor para redimirnos eternamente</b> . . . . .	<b>10</b>

Meditemos ahora sobre la segunda gran palabra: «**redención**». La encontramos en la primera epístola de Pedro, capítulo 1, versículos 18-21 con la definición de lo que ella representa.

«Sabendo que fuisteis **rescatados** (redimidos) de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios».

Encontramos la palabra «redención» a través de toda la Biblia. Podemos decir sin temor a equivocarnos que es el gran tema sobresaliente de las Sagradas Escrituras. Esta importante verdad atraviesa el Libro como un hilo rojo. En todas partes, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, vemos a Dios presentando, de un modo u otro, la verdad de la redención –redención en promesa y figura en el Antiguo Testamento.

¿Qué queremos decir cuando usamos la palabra «redención»? Por lo general, y también en las Escrituras, la palabra significa comprar de nuevo algo que hemos perdido momentáneamente. También significa soltar, libentar, tal como redimir a alguno de la esclavitud; o librar, como redimir a alguno de un grave peligro.

## 1 - El redentor

En Israel, en los tiempos antiguos, si un hombre pasaba por circunstancias difíciles, y por lo tanto se encontraba cargado de deudas, él podía hipotecar toda su propiedad y si eso no bastara para satisfacer las demandas de sus acreedores, podría hipotecar sus propias fuerzas y capacidades, es decir sus fuerzas físicas. Podía venderse en una especie de esclavitud para pagar sus deudas. Algunas veces se encontraba esclavizado sin esperanza de poderse librar. Pero la Escritura dice: «**Después que se hubiere vendido, podrá ser rescatado**» (Lev. 25:48). Uno de sus hermanos podría rescatarlo, o si él tuviera medios podría rescatarse a sí mismo. Sería casi imposible en la mayoría de los casos redimirse a sí mismo. Probablemente el único modo sería si llegara a heredar una fortuna o propiedad. Pero de lo contrario, si tuviera un familiar rico, que lo amara tanto que se hiciera cargo de sus deudas y las pagara, entonces podría ser librado.

El que esto hacía era llamado pariente redentor, y era una figura maravillosa del Señor Jesucristo. La palabra hebrea es «goel». La encontramos en las Escrituras mucho antes del tiempo de Israel. Aun en el libro de Job leemos de él. Era de este «goel» que hablaba Job cuando dijo: «Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo» (19:25).

Como dije, uno podría hipotecar su propiedad. Luego alguien podría levantar la hipoteca y así redimir la propiedad. Nosotros conocemos esta clase de negocio en nuestros días y damos este significado a la palabra «redención».

Ahora, al pensar en el hombre, sabemos que es pecador, y que está vendido bajo juicio. Esto es por culpa suya. Dios dice en su Palabra «De balde fuisteis vendidos; por tanto, sin dinero seréis rescatados» (Is. 52:3). Es imposible que el hombre se redima a sí mismo de la triste condición en que se halla debido al pecado. Por eso es que necesitamos un pariente redentor que sea más que el hombre, uno que sea divino a la vez que humano.

## 2 - La redención del juicio

Cuando vamos al Nuevo Testamento para estudiar este asunto de la redención, vemos que nos lo presenta de tres maneras. Primero, redención del juicio. Esto es redención de la culpa del pecado, que se efectúa por la obra expiatoria de nuestro Señor Jesucristo.

Pero eso no es todo. No es solamente la voluntad de Dios que seamos redimidos de la culpa del pecado, sino que las Escrituras hablan mucho acerca de la redención del poder del pecado, para que seamos redimidos de las malas costumbres y caminos pecaminosos que antes dominaban nuestras vidas. Esta redención se efectúa por el Cristo que mora en nosotros, por el Cristo resucitado obrando en el poder del Espíritu Santo, quien hace que Cristo sea una realidad a su pueblo aquí en la tierra.

Luego las Escrituras hablan del tercer aspecto de la redención, la redención del cuerpo. Si soy creyente en el Señor Jesús mi alma ya ha sido redimida. Si estoy andando en sujeción a la dirección del Espíritu Santo, soy redimido diariamente del poder del pecado. Pero, aunque he sido redimido en cierta medida, me doy cuenta cada día que este cuerpo mío es un obstáculo en vez de una ayuda en cuanto a la liberación práctica. Pero estoy esperando el día cuando este cuerpo será redimido y hecho a la semejanza del cuerpo glorioso de nuestro Señor Jesucristo. Entonces

seré redimido de la misma presencia del pecado y de todas las manifestaciones de su corrupción.

## 3 - La redención de Israel de la tierra de Egipto

Aquí en la primera epístola de Pedro, el apóstol nos hace recordar algo maravilloso que se llevó a cabo en la tierra de Egipto siglos antes, aquel suceso que el pueblo judío recuerda anualmente hasta el día de hoy al celebrar la Pascua. Los israelitas eran esclavos en Egipto, sufriendo bajo la crueldad de Faraón, y recordarán como dijo Dios, «**He descendido para librarlos**» (Éx. 3:8), y le contó a Moisés algo que sucedería, por lo cual dice: «**Jehová hace diferencia entre los egipcios y los israelitas**» (Éx. 11:7). Esa redención fue efectuada por la muerte del cordero pascual. Es a esta figura o tipo al que el apóstol Pedro se refiere en su primera epístola cuando dice: «**Fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir (conducta hueca), la cual recibisteis de vuestros padres (heredasteis de vuestros antepasados), no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación**» (1 Pe. 1:18-19).

### 3.1 - La redención mediante la sangre del cordero pascual

Dios dio instrucciones a Israel por medio de Moisés que cada familia buscara un cordero. Tenían que elegirlo cuidadosamente. Tenía que ser perfecto pues sería un tipo o figura de Cristo, el Hijo de Dios, santo y sin mancha. Tenía que ser sin mancha, tanto exterior como interiormente. Este cordero tenía que morir. Tenían que juntar la sangre en una jofaina y rociar con ella los postes y el dintel de las casas donde vivían. Dios les ordenó que entraran en las casas y cerraran la puerta, porque Él pasaría por la tierra de Egipto esa noche y mataría a todo primogénito. Pero el primogénito y toda la familia que se encontrara en la casa rociada con la sangre estarían seguros, pues Jehová dijo: «**Veré la sangre y pasaré de vosotros**» (Éx. 12:13).

La sangre del cordero vertida hace tantos años era la figura que Dios empleaba para hablar de la sangre del Señor Jesucristo que fue vertida unos mil quinientos años más tarde, pero hacia la cual ahora miramos a través de las nieblas de casi dos mil años. ¿Qué valor tiene esta sangre para nuestra redención hoy? En la antigüedad la sangre tenía que ser rociada en los postes y el dintel de las casas y entonces estaban seguros los que permanecían en ellas. Hace siglos que Cristo murió. ¿En qué sentido,

pues, podemos estar seguros de ser librados del juicio por la sangre que Él vertió hace tanto tiempo?

### 3.2 - La redención mediante la sangre de Cristo

Leemos en la Epístola a los Hebreos que nuestros corazones deben ser rociados con la sangre de Cristo. ¿Cómo se aplica esta sangre a nuestros corazones? Por la fe sola. En el capítulo tres de la epístola a los Romanos, después de meditar en la condición perdida del hombre, tanto por naturaleza como en la práctica, el apóstol dice:

«Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quién Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús» (Rom. 3:23-26).

¿Qué quiere decir esto? Que el sacrificio del Señor Jesús es del todo eficaz. Que abarca a todos los hombres en todos los lugares. Que fue suficiente para cubrir los pecados de todos los hombres de las épocas pasadas que miraban adelante hacia la cruz con fe y también abarca a todos los de nuestros días y los que vendrán después, que miramos atrás hacia la cruz con fe –«fe en su sangre».

En otras palabras, cuando confiamos en aquel que vertió su sangre en el Calvario, nos encontramos entre aquellos que tienen redención por el sacrificio que Él ofreció. Y esto significa que estamos seguros para siempre del juicio que el pecado merece, tal como Israel, cuando se refugió bajo la sangre del cordero pascual, estaba seguro del juicio que iba a caer sobre Egipto, porque Dios dijo: «Yo veré la sangre y pasaré de vosotros». Así también nosotros, que hemos puesto nuestra confianza en el Señor Jesucristo, somos redimidos del juicio que se cierne sobre este pobre mundo –el juicio que merece el pecado. Y así podemos apreciar la Escritura en su justo valor cuando nos dice: «Ahora pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Rom. 8:1).

Algunos, hace poco que han venido al Señor; no le han conocido por mucho tiempo. Yo les ruego que entiendan bien esto que les voy a decir. Su salvación, su seguridad de ser librados del juicio, no depende de lo que ustedes pueden ser o hacer. Se basa en la obra que el Señor Jesús hizo por ustedes en el Calvario, la obra redentora que Él llevó a cabo cuando sufrió en su lugar sobre el madero, y ustedes entran a gozar

de esta redención por fe en Él. Cuando Satanás viene a tentarlos, cuando descubren ciertas cosas en su corazón que no se daban cuenta que estaban allí, pueden hacerle frente con estas palabras: «La redención que es en Cristo Jesús ha arreglado todo, me ha libertado, y me ha librado del juicio de un Dios Santo».

### 3.3 - La redención de la maldición de la ley

Se nos dice que el creyente ha sido redimido de la maldición de la Ley. Estuvo expuesto a esa maldición a causa del pecado. Dios ha declarado: «**Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas**» (Gál. 3:10). Nosotros hemos fracasado; hemos quebrantado la ley de Dios; estamos bajo esta maldición. Pero nuestro bendito Redentor fue hecho maldición por nosotros, como está escrito, «**Maldito todo el que es colgado en un madero**» (Gál. 3:13). La redención es nuestra garantía que seremos librados del juicio.

En la epístola a Tito tenemos otro aspecto de la redención. En el capítulo 2, versículos 11 a 14, leemos: «**Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para **redimirnos** de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras**».

No podemos insistir demasiado en que la salvación no es por obras, para que nadie se gloríe, que ninguna obra nuestra sería eficaz para nuestra redención. Pero en este mensaje se hace énfasis sobre otro aspecto de esta verdad, y es que nuestro bendito Señor no solo murió para redimirnos del juicio que merecían nuestros pecados, sino que murió para redimirnos de toda iniquidad, esto es, de toda desobediencia. Y el pecado es desobediencia. Él murió, como nos dice un hermoso himno, no solamente para salvar nuestras almas, sino para hacernos buenos. El evangelio no ha llenado su cometido si solamente salva a las personas del juicio. No ha terminado su obra hasta que presente en la gloria a cada creyente conformado plenamente a la imagen del bendito Hijo de Dios.

## 4 - Después de la redención, la santidad

Hemos sido llamados a la santidad, a la pureza de vida, a un comportamiento recto. Y si algunos de nosotros que profesamos el nombre de Cristo estamos entregándonos a cosas que no son santas, a la mundanalidad, a la impureza, a cosas que deshonran estos templos del Dios viviente, estos cuerpos en los cuales mora el Espíritu Santo; si estamos viviendo de modo que traigamos deshonra al nombre de aquel que murió para salvarnos, es en esa medida que estamos impidiendo que se cumpla uno de los propósitos por los cuales murió Cristo. Él murió para redimirnos de toda iniquidad. Aquí se usa la palabra «redención» en el sentido de libertar. Él murió para librarnos de toda iniquidad, para retirarnos de lo malo que pone en peligro nuestra experiencia cristiana y que haría naufragar y arruinar nuestras vidas.

En una noticia conmovedora que apareció hace poco en uno de nuestros diarios, tenemos ilustrada la doctrina de la redención. Muchos leyeron el relato de esos hombres que naufragaron en el Pacífico Sur durante la guerra mundial. Algunos de ellos estaban apiñados sobre una balsa, y solamente uno de ellos sabía nadar. Este era un hombre robusto y fornido. Cuando estos marineros vieron que solamente les esperaba la muerte y la desesperación, este hombre se lanzó al mar y nadó a través de unos 10 kilómetros de agua llenas de tiburones, remolcando la balsa, hasta que los llevó a un lugar seguro. Esto era redención; este hombre era un redentor.

Nuestro Señor Jesús no solamente arriesgó su vida, sino que dio su vida, no tan solo para salvarnos del juicio sino también para «**redimirnos de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras**» (Tito 2:14). Amado creyente, yo te imploro que nunca llegues a descuidar esta fase de la redención. Que no te conformes con saber que has confiado en Cristo como tu Salvador de la gehenna, olvidando que eres llamado a vivir una vida celestial aquí en la tierra. No te des por satisfecho al poder decir que en cierto lugar y en tal oportunidad tú le dijiste al Señor Jesús que creerías en Él como tu Salvador. Recuerda que al hacer esto le recibiste no tan solo como el Salvador de tu alma sino también como aquel que debe ser el Señor de tu vida, aquel que murió para redimirte de todo aquello que no es santo.

Leemos: «Se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras». Que nunca se diga de ti que no te preocupas por las buenas obras; y nunca digas que, porque la salvación no es por obras, no importa que clase de vida llevas. Nuestro Señor Jesucristo dijo: «**Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas,**

y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mat. 5:16). Ellos no pueden ver tu fe, pero pueden ver tus obras. Y si tu vida no concuerda con tu fe, pronto se darán cuenta y te tildarán de engañador e hipócrita, y tu influencia en vez de ser para bien será para mal.

Santiago dice en su epístola. «Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras» (2:18). No puedes mostrar tu fe sin hacer obras, y así en ese sentido la fe sin obras está muerta. La justificación es por la fe, absolutamente sin obras, pero la misma escritura que nos lo dice, hace énfasis en nuestras obras como prueba de nuestra salvación. En la epístola a los Efesios, capítulo 2, leemos: «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe» (v. 8, 9). Pero Pablo dice a continuación, «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas» (v. 10). Esta es la redención práctica. Si una escritura me dice que, «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1 Tim. 1:15); otra me dice, «Palabra fiel es esta, y en estas cosas quiero que insistas con firmeza, para que los que creen en Dios procuren ocuparse en buenas obras» (Tito 3:8). Nuestro Señor Jesús, el Salvador que vive, ha enviado a su Santo Espíritu para morar en nosotros, a fin de que al andar en el Espíritu experimentemos en nuestra vida esta redención práctica del poder del mal.

## 5 - La redención del cuerpo

Pero hay un tercer aspecto de la redención, y este lo encontramos en el capítulo 8 de la Epístola a los Romanos. En los versículos 22 y 23 encontramos lo siguiente: «Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no solo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, **nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo**». ¿A quiénes se refiere? A los creyentes. ¿Creyentes que gimen? ¡Sí!

Pero yo creía que los creyentes estaban gozosos siempre; y que siempre estaban alabando y cantando.

Te diré que tienes mucho que aprender todavía. Gracias sean dadas a Dios que es

posible gozarnos aun en las tristezas, y los creyentes tienen sus pesares, tristezas y pruebas. Pero tienen un Salvador tan maravilloso que los conduce a través de estas pruebas, uno que los sustenta y ayuda en cada hora difícil.

La enfermedad física es una de las principales causas de nuestro gemir, y a esto es lo que se refiere el apóstol aquí. En los días cuando aun no éramos convertidos, gemíamos a causa de nuestros pecados. Clamábamos porque deseábamos ser libertados. Gemíamos en la esclavitud. Ahora como creyentes gemimos en la gracia, a causa de las enfermedades físicas que muchas veces son un obstáculo en nuestras vidas.

Es posible que una tarde te estés preparando para ir a la reunión de oración (espero que ames la reunión de oración). Pero no fuiste. Te estabas preparando para ir cuando te atacó un fuerte dolor de cabeza y tuviste que quedarte en casa. Cuando otros se habían reunido para orar y adorar al Señor, tú estabas acostado en el diván tratando de librarte del dolor de cabeza. Ciertamente en tal condición podrías decir: «¡Qué día maravilloso será aquel cuando tenga un cuerpo nuevo y una cabeza nueva que no me dolerá más!»

Bueno, eso es lo que quiere decir el apóstol cuando dice, «**Porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia**» (2 Cor. 5:4). Tantas veces somos impedidos por la debilidad física que ansiamos el día de la redención de nuestros cuerpos. Tenemos las primicias del Espíritu, pero estamos deseando ocupar totalmente el lugar de hijos, porque esto es lo que significa la palabra «adopción». Entonces seremos semejantes al Hijo de Dios.

¿Cuándo sucederá esto? En **Filipenses 3:20-21** leemos: «**Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas**». Está llamando nuestra atención al maravilloso acontecimiento que debería ser la esperanza de cada creyente, y estoy pensando nuevamente en ustedes los creyentes nuevos.

## **6 - La venida del Señor para redimirnos eternamente**

Él desea que la estrella polar de nuestras almas sea la bendita esperanza de la venida de nuestro Señor. El que murió por ti en la cruz volverá otra vez, y vendrá otra vez para tomarte a sí mismo. Él no puede recibirte en la gloria en tu condición

presente. «La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios» (1 Cor. 15:50). Así que, con el fin de que tú te encuentres en condiciones de ir a aquel lugar donde Él te llevará, te dará un cuerpo nuevo, un cuerpo glorificado, y cuando lo recibas estarás listo para ocupar un lugar en la casa del Padre.

Él dijo antes de irse: «Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis» (Juan 14:2, 3). Y sabemos por las Escrituras lo que se llevará a cabo a fin de prepararnos para la casa del Padre.

En la Primera Epístola a los Tesalonicenses, capítulo 4, tenemos una maravillosa visión de esto. Allí se nos dice: «Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor» (v. 16, 17). Es entonces cuando nuestro cuerpo será transformado y nuestra redención completada. Tenemos la redención de nuestra alma; somos redimidos del juicio. Día tras día, al andar en obediencia al Señor, experimentamos la redención práctica, la redención del poder del pecado. Cuando vuelva nuestro bendito Salvador, nuestra redención será completa –espíritu, alma y cuerpo serán enteramente conformados a la imagen de nuestro Señor Jesucristo.